

# **Aventuras históricas**

**Las panteras de Argel**

**Las hijas de los faraones**

**Cartago en llamas**

**El Capitán Tormenta**

**El León de Damasco**

**Emilio Salgari**



*Aventuras históricas*

Emilio Salgari

Clásicos salgarianos: Volume 7  
An omnibus compilation of five titles:

*Las panteras de Argel*

Título original: *Le pantere di Algeri*

First published in Italian in 1903

*Las hijas de los faraones*

Título original: *Le figlie dei faraoni*

First published in Italian in 1905

*Cartago en llamas*

Título original: *Cartagine in fiamme*

First published in Italian in 1908

*El Capitán Tormenta*

Título original: *Capitan Tempesta*

First published in Italian in 1905

*El León de Damasco*

Título original: *Il Leone di Damasco*

First published in Italian in 1910

Cover: *Battle of the Crusades* di Jan van Huchtenberg, 1720

ISBN: 9781987886368

All Rights Reserved. Published internationally by ROH Press.  
No part of this book may be reproduced or transmitted in any form or by any means, graphic, electronic, or mechanical, including photocopying, recording, taping, or by any information storage retrieval system, without the written permission of the publisher.

<http://www.rohpress.com/>

# **El Capitán Tormenta**

# Capítulo 1

## Una partida de *Zara*

—¡SIETE!

—¡Cinco!

—¡Cuatro!

—¡*Zara*!<sup>1</sup>

—¡Por treinta mil cimitarras turcas! ¡Que suerte la vuestra, señor Perpignano! En dos noches me habéis ganado ochenta cequíes.<sup>2</sup> ¡Esto no puede continuar! ¡Prefiero una descarga de culebrina,<sup>3</sup> aunque la bala sea disparada por esos perros infieles! ¡Por lo menos, no me martirizarán cuando conquisten Famagusta!

—¡Si la conquistan, capitán Laczinski!

—¿Lo ponéis en duda, señor Perpignano?

—De momento, sí. En tanto que estén a nuestro lado los mercenarios no será conquistada. La República sabe elegir a sus soldados.

—Pero no son polacos.

—¡Capitán, no ofendáis a los soldados dálmatas!

—No pretendo tal cosa. Pero si se encontrasen aquí mis compatriotas...

Murmullos amenazadores, que empezaron a oírse en torno a los dos jugadores, unidos al entrechocar de espadas nerviosamente blandidas, hicieron al capitán Laczinski interrumpir sus palabras.

—¡Oh! —exclamó cambiando el tono de su voz y esbozando una sonrisa—. ¡Ya conocéis, bravos mercenarios, que soy amigo de las bromas! Llevamos ya cuatro meses luchando juntos contra esos perros descreídos, que han jurado agujerearnos el pellejo, y sé lo que valéis. De manera, señor Perpignano, que mientras los turcos nos dejan en paz un rato, continuemos

---

<sup>1</sup> *Zara*: juego de dados similar al juego de Hazard.

<sup>2</sup> Cequíes: Moneda antigua de oro, de valor de unas diez pesetas, acuñada en varios estados de Europa, especialmente en Venecia y que, admitida en el comercio de África, recibió de los árabes ese nombre.

<sup>3</sup> Culebrina: Pieza de artillería, larga y de poco calibre. En sus tiempos era la pieza de mayor alcance.

nuestra partida. Aún conservo unos veinte cequíes que están ansiando salirse del bolsillo.

Como para desmentir las palabras del capitán, en aquel instante se oyó el estampido del cañón.

—¡Ah, bandidos! ¡Ni por la noche nos dejan tranquilos! —exclamó el polaco parlanchín—. ¡Bah! ¡Todavía nos darán ocasión de perder o ganar unos cuantos cequíes! ¿No os parece, señor Perpignano?

—A vuestra disposición estoy, capitán.

—¡Tiráis vos!

—¡Nueve! —exclamó Perpignano, lanzando los dados encima del taburete que hacía las veces de mesa de juego.

—¡Tres!

—¡Once!

—¡Siete!

—¡Zara!

Una exclamación de contrariedad surgió de los labios del poco afortunado capitán, en tanto que en torno a él, brotaban algunas carcajadas, rápidamente reprimidas.

— ¡Por las barbas de Mahoma! —barbotó el polaco, tirando sobre el taburete un par de cequíes—. ¿Habéis pactado acaso con el demonio, señor Perpignano?

—¡Dios me guarde! ¡Soy buen cristiano!

—En tal caso alguien debe de haberos enseñado a lanzar los dados. ¡Apostaría mi cabeza contra las barbas de un turco a que ese que os ha enseñado es el capitán Tormenta!

—Juego a menudo con tan valiente caballero, pero no me ha dado la menor lección.

—¿Caballero? ¡Bah! —dijo el capitán, con alguna acritud.

—¿No le consideraréis así?

—¡Bah! ¿Quién sabe en realidad de qué persona se trata?

—De todas maneras, es un joven amable y en extremo valeroso.

—¡Un joven!

—¿Qué pretendéis decir con esto, capitán?

—¿Y si no se tratase de un joven?

—Probablemente no tiene todavía veinte años.

—¡No me entendéis! Pero olvidemos al capitán Tormenta y a los turcos, y continuemos el juego. No deseo combatir mañana con la bolsa vacía. ¿De que forma iba a pagar a Caronte el barquero<sup>4</sup> sin tener conmigo un miserable cequí? Bien conocéis que para atravesar la Estigia hay que pagar, amigo mío.

—¿Tan cierto estáis de ir al infierno? —preguntó, entre risas, el señor Perpignano.

—¡Pudiera ocurrir! —replicó el capitán, cogiendo casi con cólera el cubilete y moviendo los dados—. ¡Aún quedan dos cequíes!

Esta escena se desarrollaba en una gran tienda de campaña que servía al mismo tiempo de cuartel y de cantina, a juzgar por los numerosos colchones amontonados en un extremo y los barriles acumulados tras un rústico banco, en el que se hallaba sentado el propietario de la tienda, bebiendo a tragos una garrafa llena de vino de Chipre.

Debajo de una lámpara de las denominadas de Murano, que pendía del machón central de la tienda, se encontraban ambos jugadores, y a su alrededor estaban reunidos una quincena de soldados de los que envió la República de Venecia,<sup>5</sup> reclutados de sus posesiones dálmatas para proteger las colonias de Levante, amenazadas de continuo por la formidable cimitarra turca.

El capitán Laczinski era un hombre grueso y de elevada estatura, fuerte musculatura, imponentes bigotes y áspero pelo rubio. Su nariz tenía el color característico de la de un bebedor empedernido y sus pequeños ojos se movían sin cesar. Tanto en sus rasgos faciales como en su manera de hablar y sus gestos se adivinaba en el al capitán aventurero y al espadachín o matón de oficio.

El señor Perpignano era todo lo contrario que su rival. De bastante menos edad que el polaco, que ya contaba seguramente unos cuarenta años,

---

<sup>4</sup> Caronte: Barquero, que según la mitología griega, llevaba al Infierno en su barca, por la laguna Estigia, a las almas de los muertos.

<sup>5</sup> Le Serenísima República de Venecia: una ciudad-estado situada en el norte de Italia, a orillas del mar Adriático. Venecia fue, desde la Edad Media, el centro de una República aristocrática muy próspera que, bajo el gobierno de los Dux, extendió su poderío sobre parte de Lombardía, Dalmacia, Albania, Morea, Macedonia y varias islas del archipiélago.

se advertía en el al auténtico tipo de veneciano, alto y delgado, aunque robusto, con el cabello y los ojos negros, y la piel del semblante un poco pálida.

El capitán Laczinski llevaba una pesada coraza de hierro, y de su costado pendía una enorme espada. El señor Perpignano, en cambio, lucía el elegante traje veneciano de la época: casaca suntuosamente recamada, que le llegaba hasta media pierna, calzón de malla de varios colores y escarpines. Sobre la cabeza llevaba la toca azul ornada con una pluma de faisán.

En vez de un guerrero parecía un paje de Dux de Venecia,<sup>6</sup> pese a su armamento, que consistía en una espada ligera y un puñal.

El juego había vuelto a iniciarse con entusiasmo, por las dos partes y con creciente curiosidad de los soldados, que, como ya indicamos, se hallaban en círculo alrededor del taburete que hacía las veces de mesa, en tanto que a lo lejos rugía de vez en cuando el cañón, haciendo agitarse la llama de la lámpara.

Ninguno, no obstante, parecía inquietarse demasiado por aquellos estampidos; ni siquiera el tabernero, que proseguía trasegando con toda tranquilidad el dulce y exquisito vino de Chipre.

El capitán había perdido ya —no sin grandes maldiciones— otra media docena de cequíes, cuando una de las cortinas de la tienda se alzó y un nuevo personaje, tapado con un amplio tabardo negro, y cuyo birrete se hallaba adornado por tres plumas azules, penetró en la tienda, exclamando con acento ligeramente irónico y sin embargo, lo bastante enérgico para ser obedecido:

—¡Magnífico! ¡Aquí se está jugando en tanto que los turcos pretenden demoler el fuerte de San Marcos y lo minan sin descanso! ¡Que mis hombres tomen las armas y me acompañen! ¡Allí se encuentra el peligro!

Mientras los soldados empuñaban sus alabardas, mazas de hierro y espadas de doble filo, que dejaron juntas en un rincón de la tienda, el polaco, que se encontraba de un endiablado humor por la huida ininterrumpida de sus cequíes, había alzado la cabeza, contemplando con hostilidad al recién llegado.

---

<sup>6</sup> El Dux de Venecia era el magistrado supremo y máximo dirigente de la República de Venecia durante más de mil años, entre los siglos VIII y XVIII.

—¡Hola! ¡El capitán Tormenta! —exclamó en tono de burla—. ¡Ya podías defender solo el fuerte sin venir a terminar con nuestra partida! Famagusta no se entregará esta noche.

El joven era arrogante, acaso atractivo en exceso para ser un guerrero; no demasiado alto, pero esbelto, de rasgos correctos, con negros ojos que semejaban carbunclos, boca de mujer adornada con hermosos dientes, cutis algo atesado, que indicaba su origen meridional, y pelo largo y castaño.

Parecía antes bien una encantadora muchacha que un capitán de fortuna.

Sus ropas eran elegantes y cuidadas, aunque los continuos ataques de los turcos no le debían de dar demasiado tiempo para ocuparse de su tocado.

Llevaba una armadura totalmente de acero, con un pequeño escudo en mitad del peto, en el que se veían grabadas tres estrellas bajo una corona ducal; calzaba espuelas doradas y del cinto le pendía una espada cincelada, con empuñadura de plata, semejante a la empleada por los franceses de aquellos tiempos.

—¿Qué pretendéis decir con tales palabras, capitán Laczinski? —inquirió con voz bien timbrada, que contrastaba de una forma un tanto extraña con la ronca y fuerte del polaco, y sin abandonar la mano de la empuñadura de la espada.

—¡Que los turcos pueden aguardar hasta mañana! —contestó el aventurero, encogiéndose de hombros—. ¡Aún somos lo bastante fuertes para hacerlos retroceder hasta Constantinopla o a la mitad del maldito gran desierto de Arabia!

—No alteréis el sentido de las palabras, señor Laczinski —repuso el joven—. Os referíais a mí, no a los infieles...

—Vos o los turcos, para mí es lo mismo —interrumpió en forma brutal el polaco, todavía de pésimo humor por la mala suerte que con tal empeño le acosaba.

El señor Perpignano, que era un gran admirador del capitán Tormenta y a cuyas órdenes combatía, empuñó la espada dispuesto a precipitarse sobre el polaco, pero fue interrumpido por el joven, que había mantenido una absoluta serenidad, y le dijo:

—La vida de los defensores de Famagusta es en exceso valiosa para jugársela de semejante manera. El capitán Laczinski pretende reñir conmigo para desahogarse de las pérdidas sufridas o tal vez porque, como he oído decir, duda de mi valor.



—¿Yo? —exclamó el polaco, incorporándose. ¡Por las barbas de Mahoma! ¡Los que os han explicado eso son unos canallas, a quienes exterminaré como a perros rabiosos!...

—¡Proseguid! —interrumpió el capitán Tormenta con imperturbable serenidad.

—¡Pongo en duda vuestro valor! —replicó el polaco—. Sois demasiado joven para tener la reputación de famoso guerrero y, por otra parte...

—¡Acabad! —agregó el capitán, interrumpiendo con firmeza al señor Perpignano, que por segunda vez había vuelto a desenvainar la espada—. ¡Sois muy entremetido, capitán Laczinski!

El polaco derribó el taburete que les servía de mesa.

—¡Por san Estanislao, patrón de Polonia! —barbotó levantando con nervioso ademán sus lacios bigotes, que pendían como los de los chinos—. ¿Pretendéis burlaros de mí, capitán Tormenta? ¡Decídmelo llanamente!

—¡Ya podríais haberlo observado! —contestó el joven, siempre con acento burlón.

—¡Os consideraréis muy experto espadachín cuando tenéis la osadía de burlaros de un viejo oso polaco, muchacho! ¡Si es que en realidad sois un muchacho, ya que tengo mis dudas!

Al escuchar aquellas palabras, el joven se tornó lívido y un destello de ira brilló en sus ojos negros.

—Hace cuatro meses —exclamó— que lucho en las trincheras y en los fuertes; me conocen y nos conocemos todos. Os notificaré, además, que mi espada de muchacho conoce mejor a los turcos que la vuestra de matón. ¿Lo habéis oído, capitán aventurero?

En esta ocasión fue el polaco quien se tornó lívido.

—¿Yo un aventurero? ¿Y me lo dice el capitán Tormenta?

—¡El capitán Tormenta puede lucir en su armadura una corona ducal!

—¡Yo me colocaré una real en la coraza! —contestó el polaco, riendo—. ¡Sea lo que sea, yo afirmo, duque o... duquesa, que no tenéis suficiente valor para enfrentaros a mi espada!

—¡Duque, ya os lo dije! —exclamó el joven y bizarro capitán—. ¡Esto lo solucionaremos entre los dos!

Los mercenarios, que se habían reunido a la derecha de su capitán, cogieron las alabardas y dieron un paso hacia adelante, en actitud de precipitarse sobre el polaco y despedazarlo.

Incluso el propietario de la tienda se había levantado del banco y, habiendo tomado un barrilito, se disponía a lanzarlo sobre el temerario aventurero. Pero un imperioso ademán del capitán Tormenta lo retuvo.

—¿Poneís en duda mi valor? —dijo con acento irónico—. De acuerdo: todos los días un joven turco, sin duda muy valeroso, llega bajo nuestras murallas para desafiar al más experto espadachín y medir con él sus armas. Mañana no dejará de acudir. ¿Sois lo suficientemente valeroso para enfrentaros a él? Yo, sí.

—¡Me lo tragaré de un bocado! —repuso el polaco—. ¡No me amedrentan los turcos! ¡No soy veneciano ni dalmata! ¡No valen lo que los tártaros rusos!

—¡Hasta mañana!

—¡Belcebú me lleve consigo si faltó!

—Yo ya estaré allí.

—¿Quién será el primero en batirse?

—¡El que gustéis!

—Ya que soy el de mas edad, yo seré el primero; luego lo intentaréis vos, capitán Tormenta.

—Que sea así, si es vuestro gusto. Por lo menos no se podrá decir que los defensores de Famagusta se matan entre ellos.

—Y será más prudente —convino el polaco—. ¡La espada de Laczinski matará de esta forma a un guerrero más del ejército de Mustafá!

El capitán Tormenta cogió el tabardo que uno de sus soldados le entregaba y, poniéndoselo sobre los hombros, abandonó la tienda mientras decía a sus hombres:

—¡Al fuerte de San Marcos! ¡En ese punto es donde los turcos están minando y donde el peligro es más grande!

Y salió, sin mirar a su adversario, acompañado por el señor Perpignano y los soldados, quienes, aparte de las alabardas, llevaban arcabuces.

El polaco permaneció en la tienda y, no teniendo cómo ni con quién desahogar su mal humor, embistió contra el taburete, rompiéndolo a golpes y puntapiés, entre grandes protestas del tabernero.

La compañía de los soldados al mando del capitán Tormenta, que tenía por teniente al señor Perpignano, se encaminó hacia el fuerte, cruzando callejuelas estrechas flanqueadas por casas de dos pisos.

La noche era muy oscura. Todas las ventanas se hallaban cerradas y los faroles apagados. Caía una lluvia menuda y continua acompañada de un viento caluroso, enervante, procedente del desierto de Libia, que cruzaba silbando por entre los tejados de las casas.

El cañón retumbaba más a menudo que antes, y de vez en cuando un proyectil de piedra, de los utilizados en aquel tiempo, cruzaba silbando por los aires, dejando detrás una estela de chispas y se abatía con sordo estruendo en el tejado de alguna casa, hundiéndolo y haciendo cundir el espanto entre los moradores de la casa.

—¡Vaya noche! —exclamó el señor Perpignano, que marchaba al lado del capitán Tormenta—. Los turcos no podían haber elegido otra mas apropiada para intentar el asalto al fuerte de San Marcos.

—Será trabajo inútil, al menos de momento —replicó el capitán—. La hora trágica de la caída de Famagusta no ha sonado aún.

—Pero no tardará en sonar, si la República no se apresura a mandar socorros.

—Será mejor no contar sino con el valor de nuestras espadas, señor Perpignano. La Serenísima se halla muy ocupada en proteger sus colonias de Dalmacia, y las galeras turcas navegan por las aguas del archipiélago y del Jónico, prestas a exterminar a quien acudiera en nuestro socorro.

—En tal caso habrá de llegar el día en que debemos rendirnos.

—Y también dejarnos asesinar, ya que estoy enterado de que el sultán ha ordenado llevar la lucha a degüello a fin de castigar nuestra prolongada resistencia.

—¡Miserable! ¡Nosotros habremos tal vez muerto ya y no estaremos presentes en tal exterminio, capitán! —dijo el señor Perpignano, suspirando—. ¡Desdichados habitantes! ¡Mejor sería para ellos quedar sepultados totalmente!

—¡Callad, teniente! —repuso el capitán—. Siento una gran congoja al pensar en el instante en que esas fieras procedentes del caluroso desierto de Arabia penetren en Famagusta, anhelosas de sangre igual que tigres.

La compañía había abandonado ya el recinto de la ciudad, alcanzando una amplia explanada cerrada en un lado por las casas y en el otro por una larga muralla, en la cual ardían varias antorchas.

Bajo aquella luz rojiza se veían varios hombres cubiertos de hierro, que se afanaban alrededor de algunas culebrinas. De vez en cuando un relámpago rasgaba las tinieblas, acompañado de un estampido.

Detrás de los artilleros, una gran fila de mujeres, algunas con suntuosas ropas, avanzaba en silencio, portando a duras penas enormes sacos, cuyo contenido arrojaban por encima de la muralla, afrontando, impertérritas, los proyectiles de los sitiadores.

Eran las valerosas mujeres de Famagusta, que reforzaban las murallas, minadas sin cesar por los enemigos, con las ruinas de sus moradas, abatidas por el bombardeo de los infieles.

## Capítulo 2

### El sitio de Famagusta

EL AÑO 1570 comenzó de una forma trágica para la República de Venecia, la mayor y más temible enemiga de los turcos. Ya había cierto tiempo que el rugido del León de San Marcos se había debilitado; en primer lugar el Negroponte,<sup>7</sup> en Dalmacia, y luego las islas del archipiélago griego, habían recibido las primeras heridas, pese a la heroica defensa que sus habitantes opusieron a los asaltos iniciales del enemigo.

Selim II, el formidable sultán de Constantinopla, dueño del Bósforo, vencedor de húngaros y austriacos, dominador de Egipto, Trípoli, Túnez, Argelia, Marruecos y de medio Mediterráneo, sólo aguardaba el momento adecuado para tomar definitivamente las últimas colonias que en Levante poseía la República.

Confiado en la fiereza y el fanatismo de sus súbditos y contando con grandes fuerzas navales, no le costó mucho encontrar una disculpa para iniciar la guerra contra los venecianos, quienes, por otra parte, empezaban a dar indicios de decadencia.

La concesión de la isla de Chipre por Catalina Cornaro a la República fue la chispa que hizo prender la pólvora.

El sultán, considerando sus posesiones de Asia Menor en peligro, y confiando en su poderío, conminó, sin más explicación, a los venecianos para que entregaran la isla, culpándolos de ayudar al corsario Pomanteni, que armaba sus galeras con daño para los súbditos de la Media Luna.

Como era de imaginar, el Senado veneciano replicó despectivamente a la intimidación del bárbaro sucesor del Profeta, y había juntado todas sus tropas, diseminadas por oriente y Dalmacia, disponiéndose con gran entusiasmo para la campaña.

La isla de Chipre sólo tenía en aquel tiempo cinco ciudades: Nicosia, Famagusta, Baffo, Arines y Lamisso. Pero solamente las dos primeras

---

<sup>7</sup> Negroponte: La isla de Eubea. Es una isla costera de Grecia localizada frente a la costa oriental del mar Egeo. Es la sexta isla más grande del mar Mediterráneo.

estaban en disposición de ofrecer resistencia, ya que eran las únicas amuralladas.

Se dieron instrucciones para fortificar los muros lo más posible y constituir un amplio campo atrincherado en Lamisso, para reunir las tropas venecianas, que ya estaban en movimiento, bajo las órdenes de Guillermo Zane, y hacer acudir lo más rápidamente posible desde Candía a la flota de Marcos Quirini, uno de los mejores marineros con que en aquella época contaba la República.

Apenas declarada la guerra, las fuerzas enviadas por el Senado desembarcaron, sanas y salvas, en Lamisso, merced a la protección de Quirini.

Se componían aquellos refuerzos de ocho mil hombres de a pie, entre venecianos y mercenarios, dos mil quinientos de a caballo y bastantes piezas de artillería. La guarnición de la isla sólo era entonces de diez mil infantes, entre arcabuceros y alabarderos; cuatrocientos mercenarios dálmatas y quinientos de caballería, pero a ellos se habían unido muchos habitantes, entre ellos varios venecianos, quienes, pese a su linaje, no despreciaban dedicarse al comercio.

Conocedores de que los turcos, con muy poderosas fuerzas, habían desembarcado ya bajo el mando del gran visir Mustafá, que era considerado como el más experto y más feroz general turco, los venecianos dividieron sus tropas en dos cuerpos, decidiendo atrincherarse en Nicosia y Famagusta, determinados a resistir en sus posiciones el imponente asalto de las hordas enemigas.

Nicolás Dandolo y Francisco Contarini dispusieron la defensa de la primera ciudad; Astorre Baglione, con Bragadino, Lorenzo Tiépolo y el capitán albano Manuel Spilotto, convinieron resistir en la segunda ciudad hasta la llegada de los refuerzos, que la República prometió de una manera solemne.

Mustafá, que contaba con un ejército siete u ocho veces superior en número, llegó casi sin luchar, y en poco tiempo, ante las murallas de Nicosia, plaza que, por considerar la mas fuerte, deseaba rendir antes.

Una furiosa acometida, realizada a un tiempo contra los fuertes de Podacataro, Constanzo, Trípoli y Dávila, tuvo para los turcos un resultado desastroso, ya que una imprevista y acometida salida, llevada a efecto por el teniente César Piovene, les causó considerables estragos.

El 9 de septiembre de 1570 Mustafá reanudó el ataque, y al alborar el día lanzó sus numerosísimas tropas contra el fuerte de Constanzo, y consiguió conquistarlo luego de una sangrienta lucha.

Al verse vencidos, los venecianos se rindieron con la condición de que se les respetara la vida.

El feroz visir aceptó y, en cuanto la ciudad fue invadida por sus fuerzas, echó al olvido su palabra, ya que ordenó degollar a todos sus defensores y también al pueblo, que colaboró en la lucha.

El valeroso Dandolo fue el primer sacrificado y veinte mil personas fueron muertas, convirtiéndose la infortunada ciudad en un triste cementerio.

Solamente veinte nobles —de los que el sanguinario visir esperaba un buen rescate— y las mujeres y niñas de Nicosia fueron la excepción, si bien estas últimas para ser enviadas como esclavas a Constantinopla.

Las huestes islámicas, enardecidas por tan fácil triunfo, marcharon sobre Famagusta, pensando rendirla a la primera embestida.

En aquel espacio de tiempo, Baglione y Bragadino no habían permanecido inactivos: se dedicaban a reforzar la defensa, mientras esperaban la llegada de los refuerzos venecianos.

El 19 de julio de 1571 las huestes turcas acamparon en las proximidades de la ciudad e iniciaron el sitio. Al día siguiente intentaron el asalto de la población pero, al igual que les ocurrió en Nicosia, fueron rechazados con grandes pérdidas.

El 30 de julio, tras un incesante bombardeo y de ininterrumpidos trabajos para minar las torres y los fuertes, Mustafá condujo por segunda vez sus tropas al asalto y de nuevo la valentía de los soldados de Venecia triunfó. Todos los habitantes colaboraban en la defensa incluso las mujeres, las cuales habían luchado valerosamente junto a los soldados de la República, sin inmutarse ante la fiereza de los asaltantes ni frente a sus cimitarras, y escuchando impertérritas el continuo retumbar de los cañones.

Al fin, en octubre, los sitiados, que con sus salidas, realizadas con mucha frecuencia, lograron mantener a raya al adversario, recibieron el refuerzo prometido por la República, y que consistía en mil cuatrocientos infantes, a las órdenes de Luis Martinengo, y dieciséis cañones.

Poco era semejante fuerza para una ciudad sitiada por mas sesenta mil turcos, si bien sirvió para estimular la moral de los asediados, ya en situación desesperada, e infundirles nuevos bríos y alientos.

Desgraciadamente, los víveres y las municiones iban menguando sin cesar y los otomanos, con su pertinaz cañoneo, no dejaban un momento de descanso a los venecianos. La ciudad se había convertido en un montón de escombros, siendo escasas las moradas que no fueron derrumbadas.

Por si esto no resultase bastante, unos días mas tarde llegaba a Chipre Alí-Bajá, almirante de la flota turca, con una escuadra de cien galeras, que contaban cuarenta mil infieles.

A partir de entonces, Famagusta se convirtió en el centro de un cerco de hierro y de fuego que ninguna fuerza humana hubiera podido atravesar.

Tal era la situación al acontecer los hechos descritos en el capítulo anterior.

\*\*\*

Una vez que los mercenarios hubieron llegado al fuerte, abandonaron sus alabardas que en aquel momento resultaban inútiles, y, colocándose en las escasas aspilleras que aún existían, armaron sus pesados mosquetes y soplaron las mechas, en tanto que los artilleros, la mayoría de ellos marineros de las galeras venecianas, proseguían el cañoneo con las culebrinas.

El capitán Tormenta, sin atender las prudentes advertencias de su teniente, se había colocado en lo alto del fuerte, a medias protegido por un muro semiderrumbado y lleno de grietas.

Por la tenebrosa llanura que se extendía mas allá de la población se veían relucir, en diversos lugares, puntos luminosos, seguidos de un fognazo, al cual acompañaba el sordo silbido de los pesados proyectiles de piedra.

Los turcos, cuya fiebre iba en aumento ante la resistencia de los sitiados, minaban las trincheras con el objeto de aproximarse al medio derrumbado fuerte, que todavía se mantenía en pie merced a la inmensa cantidad de materiales que en los fosos arrojaban las valerosas mujeres a fin de reforzarlo.

En ocasiones, osados hombres que, por su propia voluntad habían hecho el sacrificio de sus vidas para alcanzar el delicioso paraíso del Profeta,



amparándose en las tinieblas de la noche, se aproximaban al fuerte y preparaban minas para abatir la firme muralla invulnerable a los proyectiles de piedra.

Los mercenarios, siempre vigilantes, en cuanto los veían descargaban sus mosquetes. Pero otros fanáticos los reemplazaban y terribles explosiones, que destruían unas veces una esquina, otras un espolón, o bien un contrafuerte, se sucedían ininterrumpidamente.

Sin embargo, las mujeres de Famagusta se encontraban en aquellos puntos, prestar a vaciar sus sacos repletos de tierra en los boquetes abiertos por las minas, siempre impertérritas, siempre decididas, obedientes a la voz de mando, viendo tranquilamente pasar silbando los proyectiles, que al caer se deshacían en mil fragmentos.

El capitán Tormenta, silencioso e impasible, observaba los fuegos que iluminaban el campamento otomano. ¿Qué intentaba descubrir? Solamente él lo sabía. Al cabo de un rato, una sombra se aproximó a él, murmurando en malísimo dialecto napolitano.

—¡Aquí me tienes, señora!

El joven se dio la vuelta con rapidez, reprimiendo con dificultad un grito.

—¿Eres tú, El-Kadur?

—¡Sí, señora!

—¡Silencio! ¡No me llames así! ¡Nadie debe enterarse de quién soy!

—¡Estás en lo cierto, señora..., digo señor!

—¡Otra vez! ¡Acércate!

Cogió por un brazo al hombre y, llevándolo a la parte exterior del fuerte, lo acompañó a una especie de garita desierta alumbrada con una antorcha.

Se trataba de un tipo alto y delgado, de piel bronceada, facciones duras, nariz afilada y ojos negros y pequeños. Se ataviaba al estilo de los beduinos del desierto, llevando sobre los hombros una gran capa de oscura lana, con capucha. Tapaba su cabeza con un turbante blanco y verde. Al cinto, por la faja roja que llevaba a la cintura, se veían sobresalir las culatas de dos enormes pistolas casi cuadradas, al igual que las utilizadas por los moros de Marruecos, y la empuñadura de un yatagán.<sup>8</sup>

—¿Qué sucede? —inquirió el capitán Tormenta.

---

<sup>8</sup> Yatagán: Especie de sable curvo utilizado por los turcos y los árabes.

—El vizconde Le Hussière se halla con vida —contestó El-Kadur—. Me he informado por unos de los capitanes del visir.

—¿No te habrá mentido? —dijo con temblorosa voz el joven capitán.

—No, señora.

—¡No me llames *señora*! Ya te lo he advertido.

—No distingo a nadie que nos pueda oír.

—¿Y a qué lugar lo han llevado? ¿Te has enterado, El-Kadur?

El árabe hizo un gesto de desolación.

—No, señor. Todavía no he podido enterarme. Pero confío en saberlo. Acabo de entablar amistad con un jefe, que si bien es musulmán, bebe el vino de Chipre en barril, no importándole nada el Corán ni el Profeta, y espero arrancarle la verdad cualquier día. ¡Te lo juro, señor!

El capitán Tormenta, o, para ser más exactos, la capitana, ya que no se trataba de un hombre, se dejó caer sobre la cureña de un cañón, cogiéndose la cabeza entre las manos. Dos lágrimas resbalaron por su bello semblante, que en aquel momento estaba muy pálido.

El árabe, un poco apartado y envuelto en su capa, aguardaba muy emocionado. Su rostro, duro y fiero, manifestaba una indecible angustia.

—¡Si yo pudiese, señora, digo señor, a cambio de mi sangre, proporcionarte la tranquilidad y la alegría!

—¡Ya conozco tu fidelidad, El-Kadur! —replicó el capitán Tormenta.

—¡Hasta la muerte, señora, seré tu más fiel esclavo!

—¡Esclavo, no: amigo!

Los ojos del árabe despidieron un destello, tornándose casi fosforescentes.

—He renegado para siempre de mi antigua religión —dijo luego de una corta pausa—, y no olvido que el duque de Éboli, tu padre, me libró, cuando yo era niño, del poder de mi despiadado amo, que todo el día me golpeaba bestialmente. ¿Qué he de hacer ahora?

El capitán Tormenta no respondió. Semejaba estar recordando ideas que suscitaban en él penosas remembranzas, a juzgar por la expresión de su semblante.

—¡Mejor hubiera sido no haber visto nunca Venecia, la joya del Adriático, y no haber dejado las azules aguas del golfo de Nápoles! —exclamó por último, hablando consigo mismo—. ¡Mi corazón no sufriría ahora de una manera tan brutal! ¡Ah, que noche tan maravillosa junto al

Gran Canal, al lado del palacio de mármol del noble veneciano! Me parece como si fuese ayer, y al pensar en ella noto en mis nervios un estremecimiento que nunca había sentido. ¡Él estaba allí, junto a mí, tan apuesto como el dios de la guerra, sentado en la proa de la góndola, sonriéndome y diciendo bellas frases que me hacían el efecto de un canto celestial! ¡Por mí ya no se acordaba de las preocupaciones que dominaban los ánimos por las nuevas terribles recibidas aquel día, que habían conmovido a los ancianos senadores y al sereno Dux! Y eso que estaba enterado de que había sido destinado para combatir aquí contra los infieles; conocía que acaso la muerte le aguardaba para acabar con su preciosa vida y, no obstante, sonreía; sonreía mirándose en mis ojos. ¿Qué pensarán hacer de él esos monstruos? ¿Le asesinarán poco a poco para tornar más cruel su castigo? ¡No es posible que se conformen con tenerle nada más que como prisionero, a él que era el terror del bajá, que ocasionó tan graves heridas a esas huestes de bárbaros, a esos descreídos, lobos hambrientos de los áridos desiertos de Arabia! ¡Infortunado Le Hussière!

—¡Cómo le amas! —exclamó El-Kadur, que había estado escuchando al capitán sin apartar los ojos de él.

—¡Sí, le amo! —exclamó la joven duquesa, con vehemencia—. ¡Le amo igual que aman las mujeres de tu país!

—Tal vez con mayor pasión, señora —repuso el árabe; reprimiendo un suspiro—. Otra mujer no hubiera hecho lo que haces tú. No hubiera abandonado el magnífico palacio de Nápoles, no se habría disfrazado de hombre, contratando a su costa una compañía de soldados, y no habría venido a este lugar a encerrarse en una ciudad sitiada por cien mil infieles, para afrontar la muerte.

—¿Acaso podría estar tranquila en mi palacio conociendo que él se encontraba aquí y estaba en tan gran peligro?

—¿Y no has calculado, señora, que cualquier día los turcos conseguirán abatir las murallas y se arrojarán sobre la ciudad, anhelosos de sangre y de venganza? ¿Quién te pondrá a salvo en ese momento?

—¡Dios nos ayudará! —repuso la duquesa, con acento de resignación—. Por otra parte, si Le Hussière muriese, yo no sería capaz de sobrevivirle, El-Kadur.

Un temblor recorrió el cuerpo del árabe.

—Señora —preguntó—, ¿qué he de hacer? Debo aprovechar la oscuridad para regresar al campamento.

—Estar siempre atento, para informarte de a qué lugar lo han llevado —repuso la duquesa—. Donde se encuentre, allí iremos a salvarle.

—Mañana por la noche estaré aquí de nuevo.

—¡Si todavía estoy con vida! —contestó la joven.

—¿Qué dices? —exclamó el árabe, con acento amedrentado.

—Me he comprometido a una aventura que pudiera concluir de mala manera. ¿Quién es ese joven turco que cada día viene a retar a los capitanes cristianos?

—Muley-el-Kadel, hijo del bajá de Damasco. ¿Por qué razón me preguntas eso, señora?

—Porque mañana me enfrentaré a él.

—¡Tú! —exclamó el árabe, consternado—. ¡Tú, señora! ¡Esta noche iré a matarle a su tienda, para que no acuda de nuevo a desafiar a los capitanes de Famagusta!

—¡Oh! ¡No te inquietes, El-Kadur! Mi padre era el mejor espadachín de Nápoles e hizo de mí una gran esgrimista, que puede enfrentarse a los más famosos capitanes del gran Turco.

—¿Quién te ha incitado a retar a Muley-el-Kadel?

—El capitán Laczinski.

—¿Ese perro polaco, que parece sentir hacia ti un secreto odio? A la vista de un hijo del desierto no hay nada oculto, y yo he advertido en él a un enemigo tuyo.

—Sí, lo es.

El-Kadur lanzó una maldición, en tanto que su rostro adquiría una salvaje expresión.

—¿Dónde se encuentra ahora ese hombre? —inquirió con sorda voz.

—¿Qué pretendes hacer, El-Kadur? —dijo suavemente.

El árabe, con rápido ademán, desenvainó el yatagán e hizo brillar la acerada hoja a la luz de la antorcha.

—¡Este acero probará esta noche sangre polaca! —dijo—. ¡Ese hombre no verá amanecer el nuevo día! ¡Así no se llevará a cabo el desafío!

—¡No lo harás! —repuso la capitana, con acento firme—. ¡Se aseguraría que el capitán Tormenta sentía temor e hizo asesinar al polaco! ¡No, El-Kadur, no harás semejante cosa!

—¿Y he de permitir que mi señora se enfrente en la lucha a muerte contra el turco? ¿Seré capaz de verla caer muerta bajo los golpes de cimitarra del infiel? ¡La vida de El-Kadur es tuya hasta la última gota de su sangre y los guerreros de mi tribu son capaces de morir en defensa de su señor!

—El capitán Tormenta ha de demostrar que no siente temor de los turcos —replicó la joven—. Es necesario que así sea, para disipar en todos la sospecha de lo que en realidad soy.

—¡Le mataré, señora! —exclamó el árabe.

—¡Te lo prohíbo!

—¡No, señora!

—¡Te lo ordeno! ¡Obedece! —contestó la duquesa.

El árabe inclinó la cabeza sobre el pecho y dos lágrimas le resbalaron por las mejillas.

—¡Es cierto! —dijo—. Soy un esclavo y debo acatar las órdenes.

El capitán Tormenta le puso una mano en el hombro y con su más suave acento le respondió:

—¡Esclavo, no; eres mi amigo!

—¡Gracias, señora! —repuso El-Kadur—. Haré lo que tú ordenes. Pero te juro que si resultas herida por el turco, le saltaré la tapa de los sesos. ¡Permite, por lo menos, que tu leal servidor te venga si te ocurre alguna desgracia irremediable! ¿Para que quiero la vida sin ti?

—Haz lo que te parezca mas oportuno, mi buen El-Kadur. Márchate antes que amanezca. Si no te apresuras no podrás regresar al campamento turco.

—Cumpló tus órdenes, señora. Yo me enteraré enseguida a que lugar han llevado al señor Le Hussière, te lo aseguro.

Abandonaron la garita y llegaron al fuerte, en el que las culebrinas y la mosquetería seguían retumbando con estruendo cada vez mayor, las cuales, aunque contestadas por la artillería turca con gran intensidad, intentaban impedir que minaran las murallas, ya medio derruidas, de la ciudad.

El capitán Tormenta se aproximó al señor Perpignano, que dirigía el fuego de los hombres armados con mosquetes, y le dijo:

—Ordenad que se suspenda el tiroteo durante unos minutos. El-Kadur regresa al campo enemigo.

—¿Ningún otro, señora? —inquirió el veneciano.

—Ninguno. Pero llamadme capitán Tormenta. Solamente tres personas conocéis quién soy: vos, Erizzo y El-Kadur. ¡Silencio: nos podrían oír!

—¡Disculpadme, capitán!

—¡Que se interrumpa el fuego un instante! ¡Todavía no ha llegado el último momento de Famagusta!

La duquesa no daba las órdenes igual que una mujer, sino como un veterano capitán, con palabras secas e incisivas que no admitían réplica.

El señor Perpignano dio la orden a los artilleros y a los mosqueteros, en tanto que el árabe, aprovechando la momentánea interrupción del fuego, se encaminaba al reborde del fuerte; en compañía del capitán Tormenta.

—¡Ten cuidado con los turcos, señora! —le aconsejó antes de marcharse—. ¡De morir tú, también moriría el desdichado esclavo, luego de haberte vengado!

—¡No te inquietes, amigo! —contestó la duquesa—. Conozco la temible escuela de la espada acaso mejor que muchos de los capitanes sitiados en Famagusta. ¡Adiós! ¡Márchate, te lo ordeno!

Asiéndose a los salientes de las piedras, el árabe se desvaneció en la oscuridad.

—¡Cuánto me aprecia este hombre! —musitó el capitán Tormenta—. ¡Y tal vez cuanto amor escondido! ¡Pobre El-Kadur! Hubiera sido mejor para ti permanecer siempre en el desierto de tu patria.

Volvió con lentitud, resguardándose tras una aspillera, sentase en un montón de escombros apoyando la barbilla y la mano en la empuñadura de la espada. Entretanto los estampidos se sucedían sin cesar.

Los artilleros y arcabuceros barrían con plomo y fuego la tenebrosa llanura con el fin de detener el avance de los turcos, que se adelantaban con un valor realmente estoico, afrontando impasibles el tiroteo de los sitiados.

Una voz le sacó de sus reflexiones.

—¿Hay noticias, capitán?

Era el señor Perpignano, que se aproximaba luego de haber dado la orden a los mercenarios de que no ahorraran las municiones.

—No —replicó el capitán Tormenta.

—¿Conocéis, por lo menos, si se encuentra con vida?

—El-Kadur me ha notificado que Le Hussière continúa prisionero.

—¿De quién?

—Lo desconozco todavía.

—Me resulta extraño que esos terribles guerreros, tan poco dispuestos a dar tregua, le hayan respetado la vida.

—Eso mismo pienso yo —contestó el capitán— y es lo que atormenta mi corazón.

—¿Qué es lo que teméis, capitán?

—No puedo decirlo. Y, no obstante, el corazón de una mujer, cuando ama, no se equivoca jamás.

—No os entiendo —contestó Perpignano, encogiéndose de hombros.

En vez de responder, el capitán Tormenta se incorporó, diciendo:

—No va a tardar en amanecer y el turco acudirá bajo las murallas para retarnos. Vamos a disponernos para el combate. O regreso triunfadora, o quedará muerta, y acabarán mis sufrimientos.

—Señora —dijo el teniente—, dejadme que combata con el turco. Aunque muriese, nadie me lloraría. Soy el último descendiente de los condes de Perpignano.

—¡No, teniente!

—¡El turco os matará!

Una despectiva sonrisa floreció en los labios de la duquesa.

—De no ser tan fuerte y decidida, Roberto Le Hussière no me habría amado —contestó—. ¡Yo enseñaré a los turcos y a los jefes venecianos como lucha el capitán Tormenta! ¡Adiós, señor Perpignano! ¡Jamás me olvidaré de El-Kadur ni de mi leal teniente!

Y se alejó con la mano puesta sobre la empuñadura de la espada, en tanto que los cañones de atacantes y atacados rugían con creciente furia, iluminando de vez en cuando las tinieblas de una manera siniestra.